

JOSÉ JAVIER ESPARZA

Memorias del maestro de campo de los tercios
Julián Romero

El tercio que nunca existió

Gloria y tragedia de los soldados españoles en Escocia

la esfera  de los libros

*Proemio a mayor gloria del rey don
Carlos, emperador, por cuyo nombre
sucedieron estos hechos*

Mi nombre es Julián Romero y soy maestre de campo de los tercios del rey nuestro señor. Sirvo hoy con don Felipe II como ayer serví con su augusto padre, el César Carlos. Queréis que os cuente mi historia y yo os diré que mi único mérito es haber salvado la piel donde otros dieron la vida. Si algo deseáis saber de mis peripecias, tomadlo como homenaje a nuestros muertos.

No busquéis aquí epopeyas ni fantasías, que esto no es libro de caballerías, sino memoria fiel y seca de una vida de soldado. Todo cuanto hallaréis en estas páginas son hechos verídicos y ciertos, que bien sabido es que la milicia casa mal con la imaginación. Y si las armas no ahuyentan a la poesía, y por eso hay soldados bendecidos por las musas, fuerza es decir que tal no es mi caso, que yo siempre me fui más por la prosa, mayormente si suena a metal y huele a pólvora. Con lo cual quiere decirse que cuanto en estas páginas se refiere es la verdad simple y llana, y que no he omitido más que aquello que pudiera compro-

meter el honor de una dama o de un amigo, y que sin duda habrá cosas que el tiempo ha deformado en mi memoria, pero eso no desmiente los hechos, que son los que aquí refiero. Así pues, vayamos a ello.

Habréis oído en tascas y burdeles, que no en palacios ni en casas discretas, que fui mercenario al servicio del rey de Inglaterra. El último que me dijo eso a la cara vio rasgada la suya. Porque serví en Inglaterra, sí, y ciertamente largos años, pero no para el rey Enrique VIII el hereje, sino por oficio de nuestro rey el César Carlos, a veces secretamente y a veces con los naipes boca arriba. Ni fui tampoco mercenario, sino soldado de honor. Y conste aquí que nada tengo contra los mercenarios, pues en estos trabajos de la guerra hay hueco para todo menester. Sabed que en los ejércitos de este tiempo hay guerreros de ejercicio, que los más son nobles de cuna, y además gente de leva, que todos son villanos y forzados, y además soldados de profesión, cual este que os escribe, y además, sí, mercenarios, que son gentes que cogen las armas para servir al que ofrezca la bolsa más gruesa. Y en todas las categorías los hay virtuosos y pecadores, listos y tontos, valientes y cobardes. Y yo he visto mercenarios que huían en cuanto el combate se ponía recio, mayormente los italianos, pues es sabido que soldado que huye, vale para otra guerra, pero también otros que aguantaban en cuadro a pie quieto hasta el último hombre, mayormente los suizos, que son tan bravos y lucidos como el mejor paladín. De donde se sigue que no hay vergüenza en ser mercenario, no más que en ser mercader de sedas o curtidor de pieles o arzobispo de Canterbury. Pero sí que la hay en mentir, y eso, mentira, es la fábula de que fui mercenario en Inglaterra. Y si queréis saber la verdad, yo os la contaré.

Pisé por primera vez tierra inglesa entrando el año de Nuestro Señor de 1545 junto a otros camaradas de nuestros

gloriosos tercios. Luego os daré detalle de las azarasas circunstancias que hasta allí me condujeron. En suelo inglés permanecí seis años, hasta 1551, cuando Dios o el Diablo me hicieron ver que nada me ataba al suelo del hereje. Os hablo de suelo inglés, pero también debería decir suelo escocés y suelo francés, pues fue en tierras de Escocia y de Francia donde libré la mayor parte de los combates que aquí referiré. En Escocia, porque Londres la codiciaba. En Francia, porque Inglaterra quería mantener las plazas que allí poseía. En Escocia vi cómo los ingleses naufragaban en Ancrum Moor, y después todos nos cubrimos de gloria en Pinkie Cleugh. En Francia tomé parte en el asedio de Bolonia sobre el Mar, que allí llaman Boulogne, y vencí en duelo singular al felón Antonio de Mora, en victoria que me dio universal fama en las cortes de Europa. Y en Inglaterra, en fin, me vi ennoblecido y cubierto de honores por el mismísimo Enrique VIII, fui confidente de los más nobles hombres de aquel reino y protector de princesas y embajadores, y espía para nuestro rey don Carlos y hasta defensor de la fe verdadera, que Dios, como dicen los santos, escribe recto con renglones torcidos, y no hay renglón más torcido que yo. Pero también en Inglaterra me vi preso y juzgado por un mal paso con los naipes, y di acero a quien seguramente no lo merecía, y me prendé de la dama equivocada y, en fin, acumulé suficientes pecados como para que ahora, ya viejo, mis herederos vayan pensando en dedicar buenos cuartos a las misas por mi alma. De todo ello os daré cumplida cuenta en las páginas que siguen.

Creedme si os digo que nunca he guardado malquerencia hacia los hijos de la Inglaterra. Los he conocido malos y también peores, e incluso alguno bueno, sobre todo entre las mujeres, aunque éstas, si se tuercen, salen tan malas pécoras como la reina Isabel, que siendo calva es pelirroja, y así engaña a la vez

a Dios y al Diablo. Pero yo os digo que en esto los hijos de la Inglaterra no son más ni menos que los franceses, los flamencos, los italianos, los alemanes, los españoles y los hijos de cualquier otra nación, pues Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, pero en algún momento debió de dañarse el molde y de aquel pecado hemos salido todos los demás. De manera que nunca he sido de esos que se topan con un inglés y ven al mismísimo demonio, que demonios los hay de toda cuna y acento. Pero que alguno sí me encontré, y que hablaba inglés, eso sí os lo puedo asegurar, y en esta memoria encontraréis razón dello.

No fui el único español en Inglaterra en aquellos años. Hubo más, muchos cientos más. Soldados casi todos, también políticos y eclesiásticos, algunos comerciantes y hasta espías. No eran mala gente. Tampoco buena. Algunos de aquellos murieron de mala manera, a veces por mano de los propios españoles, que Dios hizo a nuestra raza de tal forma que a todas partes lleva sus querellas, y nunca falta un español para matar a otro lo mismo en Castilla que en la Inglaterra que en el último confín de las Indias. De todos ellos os daré razón. ¡Y vive Dios que eran gentes de muy distinta casta! Grandes señores que flotaban sobre las penas ajenas como volando aupados en sus blasones. Rufianes elevados al rango de capitán por el azar y que, a la hora de la verdad, se comportaron como héroes de leyenda. Alféreces que cambiaron de bando por caer enamorados de la roja melena de una escocesa. Caballeros a los que un mal cálculo convirtió en asesinos. Traidores que, a fuerza de engañar a unos y a otros, terminaron prestando sin saberlo un gran servicio a la corona. Doctores en el arte de sobrevivir y amigos de la bolsa ajena y celosos custodios de la sangre propia. Pero también hombres valientes que se lanzaban al combate por emular a los campeones de los libros de caballerías, y en ello se los llevaba la Parca o se

cubrían de gloria o las dos cosas a la vez. De todos hablaré sin guardar reserva, pues el tiempo ha pasado y la mayoría de ellos expía ahora sus culpas ante el Altísimo. Contar aquí su historia, según creo, les aliviará en el Purgatorio.

En lo que a mi persona concierne, en Inglaterra me hice no sólo capitán y caballero y rico, sino también hombre verdadero. Cuando llegué a la isla, era un mozo de veinticinco años cumplidos con mucho servicio a la espalda, sí, pues empecé casi niño, pero jaque y retador, matasiete y perdonavidas, bravucón y pendenciero, siempre dispuesto a desnudar el acero y aviar la vizcaína, parroquiano de burdeles y sacristán de tabernas, canónigo de dados y naipes y prior de oscuros callejones, que en la ciudad que llaman Londres los hay más que estrellas en el firmamento, y nunca falta en ellos un muerto para alimentar los fuegos del infierno. De tal guisa era el soldado Julián Romero que arribó a las costas de Albión. Mas fue tanto lo que allí vi y aprendí, y tantas las lecciones recibidas sobre el género humano y mi propio coleteo, que cuando abandoné aquellas tierras lo hice como varón sereno y grave, mesurado y todo lo prudente que en mi oficio cabe ser, que tanto pueden seis años largos cambiar a un hombre, y porque es verdad que la experiencia es siempre la madre de la ciencia. Y así pude años después intimar con reyes y príncipes, y servir de consejero a quienes, si me hubieran conocido antes, no habrían dudado en salir huyendo para llamar a los alguaciles. También esto os lo contaré.

Y puesto que estas primeras páginas no son más que una presentación de mis andanzas, hora es ya de concluir para empezar con la historia propiamente dicha, que es de tal hechura que pasmará a propios y ajenos, y así sabréis la verdad sobre por qué este Julián Romero, como otros muchos españoles, sirvió en la Inglaterra del hereje Enrique VIII entre los años 1545 y 1551

de estos tiempos, y cómo la muerte, aunque muchas veces me rondó, nunca llegó a alcanzarme, y no porque yo la rehuyera, y que todo fue por mayor gloria de nuestro rey Carlos, emperador de los romanos, augusto rey de Alemania, de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Sevilla, de Mallorca, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias, islas y Tierra Firme del Mar Océano, archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Brabante, de Lotaringia, de Corintia, de Carniola, de Limburgo, de Luxemburgo, de Güeldres, de Atenas, de Neopatria, conde de Barcelona, de Flandes, de Tirol, de Augsburgo, de Artois y de Borgoña, palatino de Henao, de Holanda, de Zelanda, de Ferrete, de Friburgo, de Hanurg, de Rosellón, de Hutfania, landgrave de Alsacia, marqués de Burgonia y del Sacro Romano Imperio, de Oristán y de Gociano, príncipe de Cataluña y de Suevia, señor de Frisia, de la Marca de Eslavonia, de Puerto Haon, de Vizcaya, de Molina, de Salinas, de Triplo y de Malinas, etcétera.

Que con tantas y tantas variadas tierras, siempre tuvo el augusto César Carlos necesidad de muchos y buenos soldados, y en las tierras de España los encontró. Y los que le servimos, de buena gana lo hicimos, por más que las pagas nunca llegaran a tiempo y la comida fuera de serrín. Porque ninguno de los de buen espíritu fuimos allí por la comida y las pagas, sino por el honor y la gloria, que de esto sí tuvimos más que ningún ejército en los tiempos pasados ni venideros. He dicho.



Julián Romero por Augusto Ferrer-Dalmau.

*De cómo la victoria de Saint-Dizier,
en tierra de Champaña, fue la causa
de nuestro infortunio*

En el verano del año de Nuestro Señor de 1544 se hallaba quien os escribe ante la villa de Saint-Dizier, en la provincia de Champaña, a orillas del Marne, en el noreste de Francia, asediando los muros de la plaza por orden del rey Carlos de España. No era villa grande, pero sí importante, pues abría el camino a París desde Flandes. Y a compás de su importancia, un diablo italiano llamado Jerónimo Marini había fortificado la plaza hasta hacerla inexpugnable, que rara vez habré visto yo tanto foso, muro, trinchera, almena y artificio en tan reducido pedazo de tierra. Allí, ante esos muros, iba a comenzar la aventura que terminaría llevándome a Inglaterra.

En realidad esta guerra había empezado en Italia, como tantas otras cosas en la vida de los hombres. Por resumir, os diré que desde medio siglo atrás los reyes de España y de Francia se las tenían tiasas por el control de la península italiana. ¿Por qué?, preguntaréis. Y yo os responderé: por la feracidad interminable de sus campos, la riqueza de sus ciudades, la posición

estratégica de sus puertos y porque allí, en medio, estaban el papa y sus estados, la corona pontificia de Roma, y es sabido que quien controla Italia, controla al papa, y quien controla al papa, controla la Cristiandad.

Muchos años atrás, cuando Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, ganó las tierras de Nápoles y Sicilia para nuestro rey don Fernando el Católico, Francia sintió como si le amputaran un brazo. Y después, cuando el nieto de éste, nuestro rey Carlos, subió al trono imperial y reclamó el Milanesado, que está en el norte de Italia, a Francia le pareció que le querían cortar una pierna, pues la corona de París se vio rodeada de enemigos por todas partes. Y así empezó una larga cadena de guerras que trajo desolación a los campos, luto a las familias, oro a los vencedores y ruina a los perdedores, aunque en verdad la ruina fue para todos y el oro para nadie, pues el que ganaba hoy, perdía mañana, y el ganador de mañana perdía pasado, y así el oro cambiaba una y otra vez de manos como furcia de mal burdel, y en tales viajes el tesoro se iba haciendo cada día más pequeño, y a la postre éramos los soldados quienes peor parte llevábamos, porque las pagas nunca llegaban a tiempo y en los cadáveres cada vez quedaba menos que saquear. Cuando las arcas se vaciaban, los reyes firmaban paces que sólo duraban hasta que los cofres se volvían a llenar. Y entonces todo volvía a su orden natural, que no es la paz, sino la guerra.

Ahora, verano de 1544, había vuelto la guerra por causa del Milanesado, que el rey Francisco de Francia y nuestro emperador Carlos codiciaban por igual. Como quiera que el rey Enrique de Inglaterra se hallaba también en guerra con los franceses, Carlos y Enrique decidieron aliarse y dar una respuesta común. Para alejar a los enemigos de Milán, nuestro rey urdió una maniobra más al norte, entre Champaña y Picardía, en

suelo francés, pues no hay mejor defensa que un buen ataque, y ello al tiempo que Enrique desembarcaba a sus tropas en las costas de la misma Picardía, en la boca del Canal de La Mancha. Así los franceses, atacados a la vez por ingleses y por españoles, tendrían que llevar todo su esfuerzo al norte y aliviar su presa sobre Italia. Los imperiales nos movimos desde Flandes y Alemania hacia Champaña. Y con las tropas imperiales iba mi tercio: el del maestro de campo don Luis Pérez de Vargas.

En otra ocasión os contaré las hazañas de este tercio, donde entré casi niño como mozo de tambor y en el que aprendí todo cuanto se ha de saber del arte de la guerra. Ahora os bastará saber que mi tercio, junto al siciliano de don Álvaro de Sande, fue escogido el año antes por el rey Carlos para prestarle escolta en su viaje a Alemania, donde el César debía atender los negocios de la condición imperial. Había allí una ciudad, Düren, cuyo duque se había sublevado, y con nuestras picas y arcabuces, más veinte mil alemanes que se nos unieron, le dimos sitio y la cobramos. Luego se ganó para el emperador la ciudad de Metz, y entonces llegó el invierno y todos nos acantonamos en villas cercanas, en la certeza de que la guerra había de volver, como así ocurrió.

Preguntaréis qué hace un ejército cuando el hielo y el agua y el barro y el frío imponen la paz. Yo os contestaré: aguardar y trabajar. Sabed que no nos hallábamos en territorio enemigo, sino en los dominios de nuestro rey, que tal cosa eran las provincias de Flandes. Y si en tierra hostil se tolera a veces entrar a saqueo, pues no hay fanega de trigo ni cuarterón de cebada que no trabajen para el enemigo, nada de eso cursa cuando uno se halla en tierra propia, donde al soldado se le impone la misma ley que a los demás y aun más severa, y hay que tratar al campesino o

al comerciante como si estuvieras en Castilla o Aragón, pues su rey es el mismo, y a las mujeres hay que tratarlas cual si fueran de tu sangre, y al soldado que echa mano del acero para robar bienes o forzar doncellas le espera sin clemencia la horca.

No ignoro que vosotros que me leéis, en vuestro desconocimiento de las cosas de estas guerras, os figuráis un acantonamiento al estilo de las hordas bárbaras, con centenares de hombres entregados al ocio y el alcohol y la lujuria. Pero nada más lejos de la realidad, que bien saben nuestros mayores que el ocio es padre de todos los vicios y madre de todas las desgracias. Cuando un tercio llega a una plaza, se nos divide en grupos que normalmente son de a ocho para alojarnos aquí o allá, siempre bajo la estricta vigilancia de un cabo. A esos albergues se los llama cámaras, y a sus inquilinos, camaradas. Todos los días se revisan las armas de cada cual, para que no fallen en la alarma, y por prevenir que ninguno vaya a venderlas por comida o por vino o por caricia de mujer o por cualquier otra cosa. Todos los días se recuentan las despensas de las cámaras, por ver que nadie haya traficado con lo que es común. Todos los días, salvo el domingo que es día del Señor, se marcha al campo para ejercitar el arcabuz, la pica y la espada, y a caballo los que son de a caballo, y a pie los que son de a pie. Y todos los días, también, hay servicio de guardia, sea en la guerra o en la paz, pues la guardia, según se dice, es la verdadera escuela del soldado.

Y cierto es que, a veces, Fulano o Mengano se alejan del campo para echar unos naipes, beber unos tragos, cortejar a una doncella o aliviar un duelo, pero todo esto, si se hace, ha de hacerse bien lejos de la vista del común y sin que nadie cobre conocimiento, pues por todas partes acechan los barracheles, que son los alguaciles de la tropa, y el precio de la indiscreción siempre es el azote, la galera y aun la horca. Y cierto es también que los

soldados, y sobre todo los españoles, somos muy dados a tirar de acero para resolver pleitos, y que yo mismo fui de los más diestros en esas lides, pero estos lances, que el honor justifica, son para tiempo de paz y no para tiempo de guerra, pues no es cabal que, habiendo enemigo, busque uno matar al amigo.

Ahora debo hablaros de mi persona. Aunque soldado viejo con diez años de servicio y buen nombre en el campo de batalla, y aun habiendo sido cabo desde muy temprano, en Saint-Dizier no mandaba yo a nadie, y ello por inquina del capitán de mi compañía, que era el señor Pedro de Gamboa. Sabed que en los tercios, y más por aquellos años, las compañías se formaban y deshacían continuamente por las batallas y las bajas y las nuevas empresas, y que mi tercio, que ya he dicho que era el de don Luis Pérez de Vargas, había pasado por Nápoles, Túnez, La Goleta, Bona y Génova, donde hubo un motín, y que yo siempre busqué sitio en ese tercio por el mucho respeto que don Luis Pérez de Vargas me inspiraba, pues era buen jefe y mejor soldado. Pero en la última formación, de entre las distintas compañías que componían el tercio fui a caer en la del mentado Gamboa, que no era mal soldado, pero siempre tuvo el alma negra. Y este Gamboa me tenía por turbulento y poco de fiar, y así me lo dijo, pues que para mandar había que ser no sólo valeroso, sino también razonable, y yo, según Gamboa, razonable no lo era, y no digo que aquí el Gamboa juzgara mal.

Es el caso que en Saint-Dizier yo era un soldado más de la manga de arcabuceros, y si algo destacaba era por el respeto que los demás soldados me tenían, y por diestro y experimentado buscaban mi consejo antes que el de los sargentos o alféreces. Lo que llevaba conmigo, eso sí, era a mi criado Mauricio, al que rescaté en una mazmorra de Túnez siendo niño, me tomó apego y ya no me lo pude quitar de encima. Mauricio, aunque moro

de nación y muy renegrido de tez, estaba cristianado y era bien vivo, de manera que siempre me prestó muy buen servicio, como luego veréis.

Vamos ahora a los hechos. La primavera del año 1544 pasó entre marchas aquí y allá, escaramuzas y algún choque de poca entidad. Y principiaba ya el mes de julio cuando el maestre de campo Pérez de Vargas convocó a los capitanes y a otros soldados distinguidos del tercio para darnos la orden de marcha. Allí estaban Pedro de Gamboa, que ya he dicho que era el capitán de mi compañía, y también Guijosa y Durán y Pagán, capitanes, y el capitán don Bernardo de Aldana, que era hombre de mucho mérito y bienquisto en la corte, y los sargentos Mardones y Espino, y otros soldados veteranos y yo mismo.

—Señores —nos dijo muy tieso Pérez de Vargas—, el rey ordena que marchemos hacia Metz, donde está reuniendo a sus ejércitos. Así que aviad presto armas y bagajes, formad las compañías y que los furrieles revisen los almacenes. Dad aviso a las mujeres y a los vivanderos, no se nos vaya a quedar aquí alguno. Partimos mañana al alba.

Y al alba partimos, y ese mismo día levantamos campamento cerca de Metz, y al día siguiente nos unimos al ejército que el César Carlos había reunido para dar la batalla al francés, y así empezó todo.

No ha nacido, ni nacerá, pluma capaz de describir el fabuloso espectáculo de los ejércitos de Carlos cuando marchaban en campaña con el César a la cabeza: miles de hombres en armas, miles de caballos, miles de carros, también miles de paisanos que se sumaban a la comitiva como una pequeña ciudad volante, con sus buhoneros y sus artesanos, y cientos de hombres de Dios

con sus cánticos, y qué sé yo cuántas cosas más. El rey Carlos amaba marchar en campaña. De hecho, nunca permanecía quieto: cuando no estaba al frente de sus ejércitos, lo encontrabais en Alemania tratando de domar a los levantiscos príncipes o en cualquier otro lugar haciendo oficio de emperador trashumante. Ahora todos marchábamos con él desde Metz, y os diré que todos y cada uno de nosotros, incluso el maula de Mauricio, lo hacíamos con el orgullo de quien se siente garra y pluma del águila imperial.

Seis mil quinientos lansquenets alemanes agrupados en trece banderas bajo las órdenes de Renato de Nassau, príncipe de Orange. Más tres mil seiscientos españoles de los tercios de Álvaro de Sande y el mío de Luis Pérez de Vargas, a los que se sumó después otro tercio de soldados nuevos con Velasco de Acuña. Más los escuadrones de caballería de Mauricio de Sajonia y de Alberto de Brandemburgo, y los caballeros de Wolfgang Schutzbar, el gran maestro de la Orden Teutónica. Y así hasta más de catorce mil hombres. Y sesenta piezas de artillería de buen tamaño. Todo eso fue lo que el 7 de julio de 1544 salió de Metz con fragor de tambores y banderas al viento, y con la misma ceremonia arribamos a Saint-Dizier al día siguiente, desplegando minuciosamente sobre el campo las anchas alas del águila imperial. Y gobernándolo todo, como el sol en el firmamento, el César Carlos con su general de más confianza, don Ferrante de Gonzaga, y añadid su corte de políticos y diplomáticos y sirvientes y clérigos, proclamando al mundo que el imperio no estaba sino allá donde se hallara el emperador.

No penséis que era empresa pequeña ganar Saint-Dizier. La ciudad se apoya en el río Marne, que es ancho y caudaloso, y a favor del río se ha construido la fábrica de la defensa, que es de muralla gruesa y rematada con anchos bastiones que ofre-

cen toda la ventaja al que defiende y ninguna al que ataca. Gobernaba la villa Luis IV de Bueil, conde de Sancerre, hombre de la mayor confianza del rey de Francia, veterano de numerosas guerras y casi todas contra España. No había mucha gente dentro de Saint-Dizier, pero Sancerre conocía bien su oficio y sabía cómo hacer inexpugnable su plaza. Como primera providencia había dispuesto cañones en la torre de la iglesia, y desde allí podía batir el campo sin ninguna dificultad. Además, los bastiones estaban bien surtidos de tiradores que podían hostigarnos muy a cubierto. Y para entorpecer aún más nuestra tarea, el francés había adelantado puestos de defensa en la entrada de la villa y también en los caminos por donde pudiera venir el socorro. Así las cosas, y en lo que a nosotros concierne, todo consistía en echarle paciencia y golpear sin pausa hasta que las defensas cayeran, y hacerlo antes de que pudieran llegar a la ciudad socorros franceses, que este era en realidad el mayor peligro de todos, pues nos hallábamos a no más de tres días de marcha de París, y otros ejércitos de Francia estaban aún más cerca, y a no tardar tendríamos que atender a la vez dos fuegos, el de los franceses de dentro y el de los franceses de fuera.

Os ahorraré detalles innecesarios. Sólo os contaré que la batalla de asedio comenzó realmente el 18 de julio, y que nos iba a costar bastante sangre, y ello por una circunstancia completamente fortuita que fue la muerte del jefe de los flamencos, Renato de Châlon, llamado también Renato de Nassau. Ocurrió que Renato, que no era un gran guerrero, pero sí un hombre de honor, quiso asistir a la obra de asedio desde primera línea, y allí fue a encontrarse con el jefe de los españoles, Ferrante de Gonzaga, de la Casa de Mantua y virrey de Sicilia, al que tenía yo visto desde la Jornada de Túnez y que siempre fue, además de buen soldado, político fino y cortesano bien cumplido, y fueron

los modales de Gonzaga los que, sin procurarlo, mataron a Renato. Porque viendo Gonzaga que llegaba Renato, y por hacerle honor, se levantó el italiano de la silla donde estaba para que se sentara el flamenco, y en ese momento nos tiraron con balas de mosquete desde la muralla francesa, que tan cerca estábamos del enemigo, y un proyectil fue a herir mortalmente a Renato de Châlon. Llevaron al pobre Renato a la tienda del emperador, pues ambos eran muy amigos, y allí acudieron los médicos y cirujanos, pero el flamenco venía tan malherido que la vida se le escapaba a ojos vistas. Montó en cólera el emperador, montó en cólera Ferrante de Gonzaga, montaron en cólera nuestros maestros de campo y montamos en cólera todos, y como la sangre nos hervía, con una sola voz se pidió al rey Carlos que nos dejara tomar venganza de la afrenta. El César, aunque visiblemente dolido, que ya digo que tenía a Renato casi por hermano, respiró profundo y meditó unos instantes.

—Sea —dijo al fin—. Atacamos. Pero con cabeza. No quiero otro Cerisoles.

Y os preguntaréis por qué mencionó el rey Carlos el pueblo italiano de Cerisoles, y yo os daré la respuesta, pues el César nunca hablaba a humo de pajas. Porque unos pocos meses antes, en abril, las tropas imperiales habían sufrido una pavorosa derrota en el pueblo italiano de Cerisoles, que está en el Piamonte. Aquello no fue batalla, sino disparate. Los franceses habían entrado por el noroeste de Italia para tomar Milán, que ya he dicho que esta guerra había empezado en Italia. Los nuestros les salieron al paso en las cercanías del mentado pueblo de Cerisoles. Los ejércitos de nuestro emperador, por la multitud de pueblos que dirigía, combatían demasiadas veces separados y sin concertación. Así ocurrió aquel día, y es menester traerlo aquí, porque más se aprende de las derrotas que de las victorias. Sucedió

que en Cerisoles, como era habitual en las tropas imperiales, además de la infantería española, que era poca, había contingentes de Florencia, de Nápoles y de otras tierras de Italia, y una buena porción de lansquenetes alemanes, y cada nación combatía en lugares distintos del campo. Cuando llegó el momento de la verdad, los españoles, en su pedazo de terreno, doblegaron a los franceses, y tanto avanzaron sobre sus líneas que perdieron de vista al resto de su ejército. Pero con ello no pudieron ver que, en la otra parte del campo, la caballería de Francia había destrozado a los italianos y a los alemanes, que huían sin mirar atrás.

Y ahora imaginad la escena. Los nuestros, victoriosos. Los hijos de Francia, tan quebrados que su jefe intentaba quitarse la vida, y sólo alcanzaron a disuadirle cuando ya tenía el puñal en la mano. Y en eso llegan los mensajeros anunciando que no, que en verdad la victoria era de Francia, pues nuestros camaradas napolitanos, florentinos, alemanes y demás habían puesto pies en polvorosa, y esos españoles que ahí estaban, tan alborozados, en realidad se habían quedado solos. Y tras los mensajeros aparecen las tropas victoriosas de franceses y suizos y gascones, dispuestos a terminar lo empezado. Y los nuestros, que se creían ganadores, se ven de repente rodeados de enemigos por todas partes. Y venga a tragarse el orgullo y a retroceder, intentado mantener el orden, entre una nube de arcabuces enemigos. Al final los nuestros, sin salida, arrojaron las picas al suelo. Tres mil prisioneros. Y plugo a Dios que los franceses que los tomaron presos no fueran soldadesca ávida de botín, de esa que siempre está presta al degüello, sino esos que llaman gendarmes y que son como nuestros hidalgos, gente de honor y carácter discreto. Y fue una gran victoria de los franceses, aunque de poco les sirvió, porque no pudieron llegar a Milán que era su meta. Pero ahí se vio lo que puede traer una batalla cuando en un mismo campo

forman gentes de distintas lenguas y naciones, y no se atiende al orden de los ejércitos sino al furor del pecho, y por eso el rey Carlos no quería ver en Saint-Dizier otro Cerisoles.

Ese mismo día atacamos las líneas de Saint-Dizier. Lo hicimos con todo lo que teníamos y durante varios días consecutivos. Quiso el rey que el peso de la ofensiva lo lleváramos sus españoles, y ello precisamente para evitar que las líneas se le resquebrajaran como en Cerisoles. Lo cual vino en que nuestros tercios amontonaran gran número de bajas, y es verdad que la línea avanzó, y que las defensas extramuros cedieron, y que llegamos al pie mismo de la muralla de la ciudad y que allí excavamos minas y que se hizo gran daño al francés, pero de justicia es decir que todo eso se hizo con sangre española. En lo cual, a la postre, el César tenía razón, pues si el ataque lo hubieran llevado otros hombres, cierto estoy de que no se habría llegado tan lejos, porque la línea se habría descompuesto como en Cerisoles. Pero en siendo todos españoles, y de ley, nadie retrocedió ni pensó en dar cuartel.

Hirieron a Pérez de Vargas, alcanzado en un muslo por bala de arcabuz. Hirieron a Álvaro de Sande, quemado en manos y cara y pies por un ingenio de fuego de los franceses. Hirieron a Pedro de Gamboa, mi capitán, con bala de arcabuz. Hirieron o mataron a buen número de capitanes, sargentos mayores, alféreces, sargentos, cabos y soldados. En total, ciento diez muertos y cuatrocientos noventa heridos entre los tercios de Pérez de Vargas y el de Sande. También recibieron fuerte castigo los bisoños del tercio de Acuña, que se dejaron doscientos ocho hombres en el campo entre muertos y heridos. Pero a los dos días estaba abierto el camino del río y una gruesa brecha hendía los muros de Saint-Dizier, y más lejos habríamos llegado si los alemanes que venían detrás, que eran de las compañías de Jorge de Ratisbona, no hubieran errado tan gravemente como lo hicieron,

pues vieron abierto el camino y entraron, pero les cañonearon desde lo alto de la iglesia de la ciudad y se quedaron paralizados, que fue lo peor que podían hacer, porque así las filas, clavadas en el suelo y desconcertadas, se convirtieron en diana para los tiradores franceses, y de una sola mano perdieron ciento dieciséis hombres. Con lo cual se verifica que el César tenía razón, porque aquello, si cada bandera hubiera ido a su voluntad, habría podido ser otro Cerisoles.

Acabó el mes de julio y era cosa vista que la defensa iba a ceder, porque la artillería francesa espaciaba cada vez más sus salvas, lo cual era indicio de que se les acababa la munición, y si se les acababa la munición, a fe que lo mismo estaría pasando con la comida. Saint-Dizier iba a caer. Pero ahora la preocupación era el socorro que a la ciudad llegaba, pues un ejército francés había aparecido en Jâlons, al norte, que está a un día de marcha de Saint-Dizier, y el tal ejército enviaba ya sus avanzadas hasta nuestra posición, y el que mandaba este ejército francés era nada menos que el príncipe heredero, que allí llaman Delfín. Y además marchaba no lejos el duque de Guisa, el viejo Claudio de Lorena, que era el jefe de las armas de París. Y con ello vimos que el rey de Inglaterra, que debía de estar atacando junto al mar, o no lo hacía o lo hacía poco, pues de otro modo no habría allí ese ejército enemigo. Y con nuestra fuerza mermada por la violencia del asedio, un ataque de los franceses nos habría costado caro. Pero es sabido que Dios, aunque aprieta, no ahoga, y por esos mismos días nos dio prueba de su misericordia y de cómo, a veces, es verdad que Dios habla español, pues por un puro azar, que más bien debió de ser Providencia, vino a nuestras manos el remedio sin comerlo ni beberlo, y esto es lo que ahora os contaré.

En la noche del 3 de agosto de 1544, con luna llena en el cielo, mi criado Mauricio y otros pajes de oficiales españoles se habían retirado a un bosque cercano a jugar y beber y cantar, que en campaña es común permitir estas cosas a la servidumbre. Y estaba uno de ellos orinando cuando de súbito advirtió una sombra que se movía entre la espesura, y lo tomó por venado, y allá que fueron todos, pero no era venado, sino hombre, y le llamaron tomándolo por uno de los nuestros, pero el hombre salió a escape, y los criados detrás, y uno de ellos le alcanzó con una piedra, que ya he dicho que había luna llena y noche clara, y lo derribó, y descubrieron que era un francés. Y el francés dijo primero ser campesino, pero en toda la comarca no quedaba campesino alguno y además se le notaba hambriento por lo demacrado de la tez, y Mauricio coligió que era un espía, y con los otros criados lo prendió y me lo trajo al campamento.

—¡Qué es ese griterío! —pregunté malhumorado, pues me había retirado ya a reposar las fatigas del día.

—¡Mi señor, hemos atrapado a un francés! —exclamó Mauricio con el entusiasmo de quien hubiera capturado al mismísimo Delfín.

Miré al tipo. Le hablé en su idioma, que algo de francés había aprendido yo en estas campañas. No contestó. Me extrañó que, además de camisa, llevara jubón, porque el clima era muy cálido y porque no era prenda de campesino. Quise hurgarle en los entresijos. Se removió entonces como doncella en apuros. Le solté dos bofetadas y, ya calmo, se dejó hacer. Entre el jubón hallé un tubo, y en el tubo un como pergamino bien enrollado y con sello de lacre. El sello era el del conde de Sancerre, el jefe de Saint-Dizier.

Corrí a ver a Gamboa, pues en esto, como en todo, hay que seguir el reglamento. El capitán estaba en su tienda, reponiénd-

dose de la pelota de arcabuz que le había alcanzado un muslo, que no le había hecho más daño, pero le impedía andar.

—¡Al maestre! ¡Acudid al maestre de campo Pérez de Vargas! —nos urgió Gamboa cuando supo del incidente.

Así lo hicimos: Mauricio, otro par de criados, un sargento cuyo nombre no recuerdo, el preso francés y yo mismo, marchamos a zancadas hasta la tienda donde don Luis Pérez de Vargas curaba sus propias heridas, que allí quien más y quien menos estaba tocado, y el maestre en el muslo también, porque los muslos, por no llevar coraza, son siempre las partes más expuestas al fuego de arcabuz y mosquete.

—¡Soy Julián Romero y me manda el capitán Gamboa! —grité a la escolta que, como es norma, guarda siempre a la persona del maestre de campo.

—¡Qué me queréis, Romero! ¿Andáis ya en otra quere-lla? —se oyó gritar al fondo a don Luis, que ya he dicho que me conocía de antiguo.

Le referí lo que ya sabéis. Don Luis leyó el pergamino, que hasta entonces ninguno habíamos osado abrir. Permaneció mudo. Miró al francés. Y resolvió, una vez más, lo que conforme al reglamento conviene, que era dar cuenta a la superioridad. Y yo aún no sabía lo que podía figurar en aquel escrito, pero muy importante debía de ser cuando el maestre de campo se andaba con tales misterios.

—¡Vosotros! —gritó a Mauricio y a otro criado—. ¡Cogedme en andas! Vamos a ver a don Ferrante de Gonzaga.

Y así fue la comitiva hasta el real del César, que se hallaba en aquel momento con sus generales y consejeros, y era digno de verse nuestro cortejo, con los criados, algunos soldados y oficiales que se nos unieron, el francés, el que suscribe y, delante, don Luis Pérez de Vargas portado en andas como santo en procesión.

Lo que pasó después no lo vi, porque en el real sólo entró el maestre de campo, pero me lo contó Mauricio, que era uno de los porteadores y se quedó en la puerta de la tienda del emperador, prestando oído como hacía en todas partes. Fue que don Luis pidió audiencia con don Ferrante de Gonzaga, pero el rey Carlos, que le tenía mucha estima al maestre desde tiempo atrás, lo escuchó y le invitó a pasar, y el propio Pérez de Vargas dio de su mano al rey el pergamino, y el rey lo leyó, y dijo:

—No se entiende nada.

Y es verdad que nada se entendía, porque el mensaje venía en cifra, o sea en clave secreta, pero también para eso había remedio, pues muchos son los recursos del hombre más poderoso del orbe. Estaban allí, con el César, los Granvela, que eran dos: el padre, Nicolás Perrenot de Granvela, ministro de la mayor confianza del rey Carlos, y su hijo, Antonio Perrenot de Granvela, obispo de Arras, que ya despuntaba como alto consejero de la corona. Y los Granvela, muy diestros en las artes de la diplomacia, que suelen ser ladinas y tramposas y dignas de señores pero no de caballeros, sabían cómo descifrar el mensaje. Así acudió a la tienda del rey, que eso yo sí lo vi, un hombrecillo pequeño, grueso, calvo, de barbas disparatadas y mirada penetrante. Pedí razón de él a quien por allí había, pero nadie me supo contestar. La cuestión es que ese hombrecillo era el depositario de la cifra, el guardián de la llave que permitía abrir los secretos escondidos en las letras de la corte. Y escuchado el hombrecillo, los Granvela, muy contentos, informaron al César Carlos del contenido del mensaje:

—Es del conde de Sancerre —declaró Nicolás, que ya he dicho que era el Granvela padre—. Informa al duque de Guisa de que ya no tiene municiones ni comida en Saint-Dizier. Y le pide socorro urgente.

—Nada que no sepamos —bufó el emperador. Y se hizo un silencio.

—Si me permitís, majestad... —musitó entonces el hombrecillo.

—Habla —ordenó el César mirando al aire.

—El mensaje no nos dice nada que no sepamos, pero pone dos bazas importantes en vuestras augustas manos. Una: Sancerre no sabe que nosotros conocemos su mensaje. Dos: nosotros no sólo tenemos la cifra francesa, sino también...

Y entonces el hombrecillo removió algo en su manto y extrajo un pequeño objeto que, inclinando cuerpo y cabeza como en una ofrenda, mostró ante los ojos de todos.

—El sello del señor duque de Guisa —anunció con una comedia sonrisilla.

—¡Ja! —exclamó el emperador dando una palmada, y se dirigió al anciano Nicolás—: Perrenot, ¿estáis pensando lo mismo que yo?

Y sí, todos estaban pensando lo mismo. Esa noche, el hombrecillo, utilizando la cifra francesa, contestó al mensaje de Sancerre como si fuera francés, y en él imprimió el sello del duque de Guisa. En la respuesta se invitaba a Sancerre a rendir la plaza en las mejores condiciones posibles. Para dar mayor verosimilitud al ardid, se esperó cuatro días antes de hacérselo llegar a Saint-Dizier. Y luego pasaron otros días más que se tomó Sancerre por ver, desesperado, si llegaban refuerzos, pero estos nunca se acercaron a la ciudad porque allí estaban los nuestros, cerrándoles el paso. Y así Louis de Bueil, conde de Sancerre, se rindió convencido de que estaba sirviendo las órdenes del señor duque de Guisa. Y no sé más, pero el 17 de agosto los franceses abrieron las puertas y salieron con sus banderas y sus heridos y sus armas, y se perdieron por el camino que lleva a Reims, que era donde estaba el ejército del Delfín.

Así cayó Saint-Dizier. Y ya sé lo que estáis pensando, que no hacía falta tanta sangre de valerosos soldados para una batalla que, a fin de cuentas, se ganó con una carta y un sello y un hombrecillo, pero pensad que, de no ser por lo duro del ataque y la sangre derramada, Sancerre jamás habría enviado aquel mensaje ni nosotros lo hubiéramos interceptado, de donde se sigue que todo ayuda a la obra de Dios, y que soberbia es juzgar si está bien o mal la forma en que Él ha echado los dados sobre el tapete del mundo, y más cuando, como aquí ocurre, los dados somos nosotros.

El emperador no perdió un minuto más en Saint-Dizier. Ahora el objetivo era marchar sobre París, y no creo yo que porque quisiera tomarla, que tal empresa habría requerido mucha más fuerza de la que llevábamos, sino porque su deseo era negociar una paz ventajosa con el rey de Francia, y tanto más ventajosa sería cuanto más amenazado se sintiera el otro. Y como quiera que Carlos esperaba que los ingleses, en el norte, cumplieran con la tarea encomendada, y que el rey Francisco de Francia se sintiera con ello aún más débil, los ejércitos imperiales hicieron una demostración de fuerza. Y allí estábamos todos, algunos cojitrancos, otros tuer-tos, aun otros quemados y casi todos más baldados que tabla de tahona, pero dispuestos a llegar hasta donde nuestro rey mandara. Desde Saint-Dizier cruzamos el Marne por Châlons, tomamos dirección norte y, victoria tras victoria, ganamos sucesivamente Hay, Epernay y Soissons, a dos días de marcha de París, y que era además el lugar al que los ingleses deberían haber llegado siguiendo el camino de Amiens. Pero los ingleses nunca llegaron.

Los ingleses estaban en Bolonia sobre el Mar, enviscados en un asedio donde no se veía muy bien qué podían sacar en